

de novicios, encaminando, cual experimentado anciano, á los jóvenes noveles en las vías preparatorias de la perfección espiritual.

Cuando llegó á la edad de treinta y tres años, igual á la del Señor cuando consumó su vida sacratísima con la pasión sangrienta y muerte de cruz, yá el Padre Juan Gabriel no encontró diques al ansia amorosa de ir á las misiones de la China, y comenzó á redoblar sus ruegos porque la obediencia le enviara á sacrificarse por la fé en beneficio de tantas almas, de tantos pueblos que aun permanecen sentados á las sombras de la muerte. Su salud corporal era sin embargo tan débil, á causa del rigor de su penitencia y de su poca robustez natural, que los superiores resolvieron condescender á tan santos deseos, siempre que el médico aprobara el proyecto. Desgraciadamente el médico opinó en contra, asegurando resueltamente que bastarían las fatigas de tan largo y penoso viaje, para quitar la vida al enfermizo sacerdote. Entonces fué cuando Juan Gabriel, víspera de la Purificación de Nuestra Señora, de la que era fervientísimo devoto, como siempre lo han sido los Santos, se echó á los piés de esta Reina de los apóstoles y de los mártires, y bañado en lágrimas, le pidió con todo el corazón, que le alcanzase de su Santísimo Hijo, no fuese desatendido su deseo, el ardiente deseo de la vocación de toda su vida. «Ruega, Señora, clamaba, porque mi pobre sacrificio sea aceptado.» Aquella noche el Señor tocó á la conciencia del médico, pues á la mañana siguiente fué á manifestar al superior la inquietud que experimentara, en tales términos, que cambiado su dictamen, acabó resolviendo que bien podría permitirse al Padre Juan Gabriel la anhelada partida, porque era de esperar, que el viaje y las nuevas tareas á que iba á entregarse le conviniesen.

Era el año de 1835. El joven misionero partió al Ha-

vre, y de ahí al Celeste Imperio, lleno su pecho de aquel fuego sagrado, y de aquellos levantados sentimientos que henchían los de los apóstoles al abrir las puertas del Cenáculo, después de recibir en lenguas de fuego al Espíritu Santo el solemne día de Pentecostés.

Como el Divino Maestro dando ejemplo de la más humilde, pobre y austera vida, predicó por tres años dejada la casa de Nazaret, así nuestro apóstol vicentino de la Propaganda Fide, dejada la casa-madre de Paris, anduvo predicando entre las tribus bárbaras en las provincias del Imperio Chino, por tres años largos, añadiendo á las fatigas y penas de la misión evangélica, las asperezas de la penitencia y la fuerza de la oración continua, sujetando su cuerpo al insuficiente abrigo de miserables chozas, alimento de yerbas cocidas en agua, cama dura, azotes, cilicios y cinturón de hierro, como diciendo y haciendo con el Apóstol de las gentes: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre, porque no sea que mientras que yo os predico, me haga réprobo.»

Antes de terminar el año de 1839 se desató una cruel persecución contra los cristianos, y comenzó para él, el último año de su trabajosa vida, de sus más acerbos tormentos, el año de su pasión y de su martirio. Por una gracia especial y rara, el Señor quiso hacer de este su evangélico ministro, una perfecta imagen de su Hijo, no sólo en el espíritu, sino también en las principales circunstancias exteriores de la sagrada Pasión. *Præcivit et prædestinavit conformes fieri imagini Filii sui.*

Sabeis, Señores, que el Hijo humanado de Dios Vivo tuvo la agonía del huerto; la visita del ángel confortador; la traición de Judas; la espada defensora de Pedro; el prendimiento; los cordeles y las cadenas; los tribunales; la vestidura de irrisión; las bofetadas y los golpes; la flagelación; el ser tirado de la barba y del cabello; el

ser tenido por hechicero y endemoniado ; el dársele á beber mirra con hiel ; la cruz ; el Cirineo ; la sentencia ; el ser confundido con malhechores y criminales ; la vía dolorosa y la muerte trágica en cruz en viernes por la tarde. Pues bien, todas estas circunstancias se encuentran en el prolongado tormento de un año, que este valeroso mártir sufrió con heroica constancia y admirable paciencia. Antes, y como preparación inmediata, el Señor le probó, dejándole sentir una sequedad extraordinaria de espíritu, de suerte que lleno de aflicción la más profunda, se encontró abandonado, cubriéndose su alma y envolviéndose como en tupidos velos de horribles tinieblas, sumergido en golfo de tristes congojas, sintiéndose hombre inútil é incapaz de nada, y exclamando á grito herido, en su oración humilde jamás abandonada: «Dios mío, Dios mío, porque me has desamparado ! Páse de mí este cáliz tan amargo ; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!» Así su obediencia y su humildad, su intenso amor de Dios resplandecieron más, porque falto de toda consolación, no buscó ésta, sino únicamente que el Señor no le desamparara, y que en todo se cumpliera su santa voluntad, que le fuese dada fuerza sobrehumana para apurar el cáliz de la pasión, haciéndose obediente hasta la muerte, aunque sea muerte de cruz.

Entonces recibió Juan Gabriel por ángel confortador á Jesucristo mismo, que en persona se le apareció, en éxtasis inefable, estrechándole en amoroso abrazo como al Apóstol virgen y predilecto, dejándole sentir los latidos de su divino Corazón ; y para fortificarle más, le hizo introducir la mano como al Apóstol Tomás, en el costado abierto, colmándole así de gozo infinito y de fuerza invencible.

Arreciaba la tempestad de la persecución anticristiana en Hu-pe, donde se encontraba nuestro misionero,

y dirigiéndose principalmente contra él la más furiosa zaña, sus discípulos se le agruparon tomando las medidas más prudentes para ponerle en salvo, corriendo á esconderle de los satélites del mandarín. Pero nuevo Judas, uno de aquellos discípulos, precisamente el encargado de disponer mejor la fuga, fué á ver á los perseguidores y les dijo: ¿ Cuánto me dais, y os entrego al misionero cristiano ?—Te daremos treinta monedas, le contestaron alargándose las. Y luego al punto él los condujo al secreto asilo del misionero. Cuando los discípulos fieles comprendieron la traición del catecúmeno desleal, sacaron sus armas preparadas para la defensa, como Pedro sacó la espada en el huerto de los Olivos, pero el misionero, como el Divino Maestro, les dijo: «Guardad vuestras armas, dejadme prender, vamos, mi hora es llegada.» Las sogas y cadenas cayeron con ímpetu sobre el apóstol, para llevarle atado y ceñido en cuanto al cuerpo, sin comprender los sayones que aquella alma generosa iba libre de suyo, colmada por el Señor de consoladora fuerza y de santo júbilo. *Beati estis cum maledixerint vobis homines, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes propter me. Gaudete et exultate quoniam merces vestras copiosa est in cælis.*

Era arrastrado de un tribunal á otro, ó mantenido encerrado en oscuro y hediondo calabozo. Sujetáronle á repetidos é interminables interrogatorios por todo el discurso de un año, como antes indiqué, haciéndole sufrir los más crueles tormentos. Interpelado, su única respuesta era: *Soy cristiano* : guardando el más completo silencio sobre todo, aun cuando con nuevos y cada vez más exquisitos tormentos, le preguntaban de sus compañeros y discípulos. El mandarín en su despecho, arrojaba airado en la sala del tribunal, cierto número de ruedecillas, que era un modo de significar el número de

azotes, que inmediatamente los satélites descargaban sobre las espaldas del mártir, y que casi siempre eran ciento y diez, con varas de bambú, que destrozaban las carnes y las hacían saltar con arroyos de sangre.

Obligábanle á ultrajar la imagen santísima del Crucificado, que él adoraba cubriéndola de reverentes besos y estrechándola sobre su corazón; y compeliéndole á adorar las de los ídolos, las despreciaba y rechazaba indignado, diciéndoles que los dioses de las naciones son demonios. *Dii gentium demonia*; é irritado con esto más y más el furor del Virey, manda aplicar á la víctima más y más atroces tormentos, azotándole repetidas veces, abofeteándole, derribándole en tierra y haciéndole arrancar la barba y los cabellos, en señal del vilipendio más ultrajante.

En cierta ocasión, en presencia del tribunal y de la turba curiosa é insolente del pueblo, se obligó al denodado atleta de la fé, á revestirse de los ornamentos sacerdotales, para que sirviese de espectáculo en son de ludibrio y mofa, reproduciéndose la ignominia de nuestro adorable Salvador vestido como fatuo por Herodes, y después por los soldados en el Pretorio, como á Rey de burlas, con andrajo de púrpura, la caña por cetro y la apretada guirnalda de espinas por corona.

Otra vez el tirano hizo estampar sobre el rostro del Venerable Padre, con un hierro candente y como sello de ignominia, unos caracteres de la escritura china, que significaban estas palabras: «Propagador de una religión perversa.»

Confundido en las cárceles con hombres protervos y facinerosos, entregado á la furia del hombre-tigre, sugeto así llamado por su brutal ferocidad, atormentábanle con el martirio del hambre y de la sed, con la falta de aire y de luz, con la humedad y la hediondez. El confesor de Cristo lo soportaba todo con ánimo inquebranta-

ble, buscando su celo y caridad ocasiones propicias, para seguir predicando en las mazmorras mismas la palabra evangélica, viendo de catequizar á los criminales que le rodeaban, quienes haciendo lo que los antiguos ladrones acompañados por los judíos á Nuestro Señor Jesucristo, unos le confesaban y otros le negaban. Ni le faltaron al invicto misionero sus Cirineos, porque sin los secretos auxilios de estos, él habría espirado de hambre y de sed antes de que llegara la sentencia definitiva de muerte.

En otra ocasión, se le hizo pasar medio día en posición forzada, suspendido de rodillas al aire sobre duras cadenas de hierro, y pendiendo de más alto por cuerdas atadas á los piés y á los cabellos, de manera que todo el peso de su cuerpo gravitaba sobre sus desnudas rodillas.

Reducido el mártir, por decirlo así, á la condición de un cadáver viviente, por su gran extenuación y continuos sufrimientos, causábales sin embargo á sus verdugos gran temor, porque le tenían por endemoniado; y como los pretendidos sabios del proto-medicato chino dijese, que la sangre humeante de perros sacrificados, era buena para neutralizar los efectos de las artes mágicas del predicador cristiano, obligánle, fuézanle á apurar repetidas ocasiones tan repugnante bebida, recordando él en tanto la esponja de amarga hiel, que los judíos aplicaban á los labios de nuestro Redentor en lo alto de la cruz.

Finalmente, llegó de la corte la sentencia de muerte fulminada contra el Venerable Juan Gabriel, así como la de cinco malhechores que con él se encontraban encarcelados. Era viernes, día que representaba el sangriento suceso del Calvario. Contábase á 11 de Septiembre de 1840. Los satélites sacaron al mártir de su cárcel cubriéndole de improperios y de golpes. Nuevo Nazareno, vístente la túnica roja de los ajusticiados, conforme á la costumbre de aquellos países. Átanle duramente los bra-

zos á la espalda, y asegúranle entre las manos un palo, en cuyo extremo superior fijan, á modo de flámula, la sentencia, llevando así su cruz, como Cristo la suya, y marchando con él los reos con quienes iba á ser ejecutado. Los chinos llevan los reos al patíbulo á carrera atropellada, y así arrastran al ilustre Sacerdote, derramando su sangre y sus sudores en aquella su Vía-dolorosa. Su Gólgota es una plaza llena de inmensa muchedumbre que, si bien espantada y estremecida con el salvaje estruendo del tam-tam que toca á muerte, y muerte de patíbulo, no por eso deja de prorumpir en gritos amenazantes contra el predicador del nombre de Cristo. Elevábase un poste de madera, sembrado en la tierra, y puesto en forma de cruz, para la extrangulación sucesiva de los seis sentenciados. Por mayor tormento dejan al misionero para ser el último, á fin de que ejecutándose ante él, uno por uno á los cinco, padeciese en ellos por cinco veces la contemplación de su propio suplicio, circunstancia que él aprovechaba puesto de rodillas, para prepararse otras tantas veces con más ferviente oración á morir. Llégale su turno, y entonces el verdugo maltratándole con bárbara fiereza, se complace en proceder con él con aterradora calma, para hacer más lenta, más cruel su agonía: átales los piés á la espalda y átales también al poste á cierta distancia del suelo, en la posición de un hombre de rodillas; córrele el dogal al cuello, álzale rudamente, y suelta luego la cuerda interrumpiendo la ejecución, para que el mártir se penetre de su fatal situación. Tírale de nuevo, regocijándose del estertor y de las dolorosas convulsiones de la víctima, y otra vez afloja. Tira en fin, por vez tercera, y concluye; la extrangulación se ha terminado; pero el verdugo aun le dá, como golpe de gracia, un fuerte puntapié en el vientre, que consuma tan doloroso sacrificio.....

Oh! ; Cómo al instante le salió al encuentro el Dulcísimo Jesús, abrazando aquella privilegiada alma y conduciéndola á las alturas del cielo, cuyas místicas puertas abren de par en par los ángeles! ; Cómo el escuadrón de los Santos mártires, con Esteban al frente, adornados de coronas de brillantes piedras y de resplandecientes palmas, recibe á este compañero lavado en la sangre del Cordero! ; Cómo cantan los coros de los Serafines y de los Santos todos, á vista del Beato Juan Gabriel, diciendo: *Domine, prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis, posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso!* ; Bendito seas, Señor, que has prevenido á este tu siervo con la dulcísima eficacia de tus dones, y correspondiendo él dignamente, ahora le coronas con diadema de oro finísimo adornada de nimbos de luz y de preciosas piedras!

Sí, católicos, nuestro mártir consuma su sacrificio uniéndose en suavísimo ósculo con el Dios Crucificado, á quien fielmente amó y amará por toda la eternidad. *Hic est veré martyr qui pro Christi nomine sanguinem suum fudit: qui minas judicum non timuit, nec terrenæ dignitatis gloriam quæsit, sed ad coelestia regna pervenit.*

Vistióse con la estola de la inocencia y de la santidad, y coronóse con diademas inmarcesibles, entretegidas de azucenas, por su castidad; de violetas, por su obediencia y humildad; de rosas, por su caridad; de estrellas, por su aposlolado; y de encendidos brillantes y rubíes, por su martirio.

Entretanto, los discípulos y catecúmenos del mártir, como Nicodemo y José de Arimatea con respecto al Divino Maestro, rescatan el sagrado cuerpo del misionero para hacerle los honores fúnebres, y para sepultarle en las afueras de la villa. Bien pronto aquel sepulcro se hizo glorioso por las maravillas que la bondad divina obra-

ba allí, merced á la intercesión del santo. Bien pronto la fama del Venerable Juan Gabriel, llenando toda el Asia, pasó á la Europa, á la América, al mundo entero. El Soberano Pontífice Gregorio XVI aprobó tres años después, la introducción de la causa de beatificación de tan esclarecido mártir, y ahora, católicos, en nuestros días, la Santidad del glorioso Papa reinante León XIII, llenados todos los trámites, ha aprobado la causa y expedido el año próximo pasado (1889) el Decreto de beatificación que aquí ahora celebramos.

¡Oh tú! Héroe santísimo del nombre de Cristo! ¡Oh mártir de la fé! ¡Oh apóstol de la civilización cristiana! ¡Oh Juan Gabriel, nosotros bendecimos al Señor y le damos gracias, porque haciéndose grande en tí, como del número de sus escogidos y santos, ha obrado en tí mismo prodigios y maravillas! ¡Nosotros te felicitamos, y te ofrecemos hoy nuestros reverentes cultos, para gloria de Dios y provecho nuestro! ¡Nosotros, que tanto necesitamos de tu intercesión y de tus ruegos!

Católicos hijos míos, orad. Orad pidiendo por la intercesión de nuestro Beato Juan Gabriel, el celestial favor sobre esta Diócesis, tan necesitada de obreros evangélicos, tan escasa de clero. Pedid que con los Santos Patronos de este Seminario Conciliar, á saber, la Inmaculada Virgen María del Santísimo Rosario y el Glorioso Arzobispo de Toledo San Ildefonso, nos alcancen el Gran San Vicente de Paul, y este su hijo gloriosísimo el Beato Juan Gabriel, frutos ópimos en este plantel confiado al celo de la Congregación de la Misión, de suerte que tengamos el consuelo de lograr suficientes ministros para tantas Parroquias del Obispado, en que la penuria de clero, de clero santo y digno, es el mayor de los males que nos afligen; sin perjuicio de ir otros á engrosar las filas de apostólicos misioneros aun en lejanas tierras, á

donde el Señor les llame sobre las sangrientas y ameritadas huellas de Juan Gabriel.

Sí, el Señor se complace en conceder lo que se le pide por la intercesión de sus Santos: lo que así le pidiereis para vuestro bien particular y para el general de la Iglesia, estad seguros que lo alcanzareis. Mirad. El Rector de este mismo Seminario, que en compañía de otros cohermanos suyos de la Congregación, acaba de llegar de un viaje á la casa-madre de Paris, ha traído consigo esta imagen del nuevo mártir que nos ocupa, el Beato Juan Gabriel Perboyre, que he bendecido solemnemente yo mismo ante vosotros, antes de empezar el santo Sacrificio que estamos celebrando. Trajo igualmente consigo auténticas reliquias del Beato, que tenemos el consuelo de venerar. Pues bien; cuando el dicho Rector y sus compañeros venían atravesando el oceano, les acaeció, encontrándose en alta mar, que estallara la máquina del vapor, dejando escuchar la más fatídica detonación, rompiéndose en menudos fragmentos, y resonando como una sentencia de horrible muerte para la tripulación y los pasajeros. ¿A quién habían de acudir en tal catástrofe sino á Dios, y por medio de quien más principalmente en tales circunstancias, sino del nuevo mártir Beato Juan Gabriel, cuya estatua y cuyas reliquias venían á bordo del buque averiado? Fervorosos los padres le pidieron su intercesión, hicieron un voto, el buque mal trecho y zozobrando continuó su travesía con suplementos incompletos, y hubo de llegar hasta cerca de la Habana, donde los Padres se trsbordaron á otro buque, para poder llegar á las aguas yucatecas en la ciudad de Puerto-Progreso, arribando hasta esta de Mérida, seguros y confiados de que el Señor les favoreció por la mediación del nuevo mártir. Bendecid, pues, al Señor, católicos, y pedidle os repito aun, por la intercesión de su

siervo, el remedio de todos nuestros males así públicos como particulares, tanto temporales cuanto eternos que son sin comparación los más terribles.

Para esto, imitad las virtudes del santo mártir. Trabajemos todos por seguir sus pisadas en pos de Jesucristo; porque como dice San Juan Crisóstomo en su Sermón de los Santos mártires, *quod aut imitandi sunt, aut non laudandi*, que si han de ser alabados por nosotros dignamente los Santos mártires, habrémos de procurar imitarlos, y si no, que no los alabemos. Ah! pero no alabarlos es un desprecio de las grandes maravillas del Señor, y es dejar de hacernos nosotros mismos imágenes del Hijo de Dios. Y por esto dice el gran Padre San Agustín: «Las festivas solemnidades de los Santos mártires son otras tantas exhortaciones al martirio, de modo que no repugne imitar, lo mismo que se gusta de celebrar.» *Solemnitates enim martyrum exhortationes sunt martyriorum, ut imitari non pigeat quod celebratur delectat.*

Este nuestro mártir, cuyo nombre está compuesto de los de *Juan* y de *Gabriel*, significativos de *gracia* y de *fortaleza*, es un poderoso intercesor para ayudarnos á la santa imitación de Cristo. Esos nombres, símbolos de los favores, de los dones de gracia y fortaleza, recuerdos de ángeles, y de hombres como ángeles, singularmente favorecidos por el Señor, son también prendas y garantías de lo mucho que podemos alcanzar en saber imitar á los mártires y seguir á Jesucristo, valiéndonos del Beato mártir Juan Gabriel.

Fé viva, católicos hijos míos, gran confianza; unid á la fé la obra, perseverad en la oración, y no lo dudeis, vosotros lograreis todos los bienes, que yo tanto os deseo, cuanto que con toda mi alma pido al Padre de las Misericordias y Dios de toda Bondad, que se digne ratificar en el cielo, y os haga eficazmente fructuosa, la amorosa bendición pastoral que os doy.—AMÉN.

